

ala delta

Pilar MATEOS

EL VIDENTE



Paulo no es un niño como los demás. No puede jugar a las cartas, ni a los dados, ni al ajedrez, porque gana siempre. Es que Paulo es un vidente.

Un día, cerca del lugar donde veranea, secuestran a un diputado. A partir de entonces, las vacaciones de Paulo no serán como antes.

Pilar Mateos, ha publicado muchos libros que gozan de gran popularidad entre sus lectores. En el año 1982 fue galardonada con el Premio «Lazarillo».

A Antonio Teijero

Índice de contenido

Cubierta

El vidente

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

I

LA primera vez que vi a mi primo Paulo yo estaba subida en la acacia vieja, la que se cayó de golpe el verano pasado. Mi primo llegó de la mano de mi madre, y antes de que yo tuviera tiempo de volverme para mirarlo le oí vocear.

—¡Baja de ahí!

Lo dijo con una autoridad impropia de sus diez años y por un momento llegué a creer que era mi madre quien había hablado; pero él lo repitió en tono apremiante.

—¡Baja enseguida!

Yo estaba a punto de cumplir doce años y me disgustaba recibir órdenes de un chico más pequeño; ya tenía bastante con eludir las numerosas consignas paternas. Sin embargo, obedecí dócilmente. Bajé de la rama y me deslicé por el tronco con menos agilidad de la que hubiera querido. Tan pronto como puse los pies en el suelo, la rama sobre la que me había apoyado se resquebrajó con un gemido y quedó colgando inerte. Era una rama más gruesa que el brazo de un hombre. Mi madre se llevó las manos a la boca para contener un grito.

—Has tenido suerte —dijo sin aliento.

Pero yo no creí en mi buena fortuna. Aún resonaba en mis oídos el tono acuciante con que Pablo me había prevenido, como si él supiera que aquello iba a suceder; y sospeché al punto que algún misterio se encerraba en su pequeña figura. Durante los primeros días de su estancia en La Ribera me dediqué a observarlo tenazmente, esperando descubrir alguna otra prueba de su carácter excepcional.

La Ribera era el nombre de la granja, aunque nosotros lo usábamos preferentemente para referirnos a la orilla del río, donde se levantaban las viviendas familiares, y a la parte alta, donde estaban la piscina, la mesa de *ping-pong* y la cancha de tenis. En las tierras de cultivo apenas pisábamos más que para robar garbanzos verdes o para masticar granos de trigo cuando no disponíamos de una pastilla de chicle. Allí no se podía hacer gran cosa; dar una vuelta en tractor, si nos dejaba Matías, el encargado; pero Matías tenía muy mal genio, y una vez que puse en marcha la segadora me arrancó del volante como a un muñeco y me llevó en volandas delante del abuelo Juan, quien me obligó a pasar a su lado el resto de la tarde, sentada en una silla, mientras él leía un libro de geología y de vez en cuando alzaba las cejas y me echaba una ojeada, como si yo le inspirara curiosidad o recelo. Aquélla fue la única tarde que recuerdo haber pasado con él, porque el abuelo Juan no tenía relación con nosotros.

Era un hombre apacible y en cierto modo cariñoso, pero muy distante, con ese aire esquivo de las personas que se comunican mejor con la tierra y con los animales que con los seres humanos. La finca era suya, y cada uno de sus siete hijos se había construido una casa en la margen del río para albergar, a su vez, a sus propios hijos; de manera que todos los veranos nos reuníamos allí un enjambre de primos y primas, felices de reencontrarnos y de volver a tomar nuestros juegos en el punto donde los habíamos abandonado la última vez. Había una sola excepción. El primo Paulo no venía nunca; su madre no se había construido una casa en La Ribera como el resto de los hermanos, y nosotros apenas sabíamos de su existencia.

De la tía Marta se hablaba siempre a media voz, en conversaciones súbitamente interrumpidas, y los niños intuíamos algo terrible en torno a ella, alguna maldad inconcebible que, a decir verdad, tampoco nos intrigaba demasiado; preferíamos con mucho las historias de crímenes que

nos contaba Águeda, la guardesa, porque ella no ocultaba nada, sino que, al contrario, se explayaba gozosamente en aquellos detalles espeluznantes que nos ponían el corazón en vilo y nos permitían disfrutar del escalofrío del miedo.

Y fue en casa de los guardeses donde yo vi por primera vez el rostro animado de tía Marta. Hasta entonces sólo la había conocido a través de las fotografías que guardaba mi padre en su despacho. Fue el verano en que cumplí ocho años. Águeda me había obsequiado con una bandeja de churros para el desayuno, y yo fui por la llevarle un trozo de tarta. Estaban ella y su marido en la cocina delante de la televisión. David dormitaba como siempre que no estaba realizando alguna tarea, y Águeda hizo un ademán imponiéndome silencio.

—Mira —dijo luego—, ésa es tu tía Marta.

Señaló la pantalla, y yo vi una mujer morena y sonriente, de ojos bellísimos que me recordaron un poco a los de mi padre. Pensé.

—No parece mala.

—Es artista de cine —dijo Águeda bajando la voz—. Y eso no le gusta a la familia. De ahí que no se hablen con ella.

—¿Hace películas?

—Y también actúa en los teatros. Está casada con un príncipe.

David se removió en la silla y apoyó las manos en los flancos, desperezándose.

—Ya estás hablando de más, mujer.

—No puede ser —dije—. El príncipe de España tiene los mismos años que yo.

—Hay otros príncipes.

La mujer morena tenía ahora una expresión grave y sus ojos se nublaron con una pena recóndita. Sentí una corriente de simpatía hacia ella.

—Gana mucho dinero —añadió Águeda—. Si quisiera, podría comprarse La Ribera para ella sola.

Así fue como me enteré de que mi tía Marta era actriz. Era la madre de mi primo Paulo. La única de la familia que nunca se construyó una casa en La Ribera.

Los días que precedieron a la llegada de Paulo, los mayores volvieron a interrumpir las conversaciones y a hablar entre sí con palabras veladas; esa costumbre originó una discusión entre mis padres en la que yo me vi mezclada a pesar mío. Una tarde entré en el cuarto de estar a recoger mi cuaderno de dibujo, y mi madre, que estaba de espaldas a la puerta, no me vio llegar.

—En ese caso es preferible el divorcio —estaba diciendo—. El niño no puede vivir en una situación así.

—Cállate —ordenó mi padre con dureza.

Mi madre se dio la vuelta y me vio. Hizo un ademán conciliador.

—Ella ya es mayor —dijo—. Va a cumplir doce años y no hay por qué ocultarle las cosas.

—Según y cómo —respondió mi padre precipitadamente—. Hay cosas que los niños no deberían descubrir nunca.

—Los niños tienen que aprender a vivir. No quiero que mi hija viva metida en un fanal como me ha pasado a mí.

—Entonces échala a la calle —voceó mi padre con desabrimiento—. Verás qué pronto aprende a vivir.

Se quedó callado y pareció sentirse incómodo consigo mismo. Dio dos o tres pasos por la habitación y me miró hoscamente.

—¿Tú qué dices?

Yo me había quedado inmóvil con el cuaderno de dibujo en la mano. No sabía lo que se esperaba de mí ni lo que debía decir. Me encogí de hombros.

—¿Qué es un fanal? —pregunté.

—Una campana de cristal donde se refugian los sordos que no quieren oír —contestó mi madre con rapidez.

Y vi que mi padre hacía un esfuerzo para contenerse. Se puso a caminar de nuevo, suspiró y se detuvo frente a

mi madre.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo; luego se dirigió a mí—. Tu primo Paulo viene a pasar el verano con nosotros. Eso es cuanto debes saber por el momento.

Yo acogí la noticia con bastante indiferencia. Siempre nos alegraba que viniera alguien a casa: una amiga, un pariente lejano, una estudiante americana con deseo de aprender español. Cualquier huésped era bien recibido por nosotros, pero teníamos nuestras preferencias. La llegada de Paulo alegró especialmente a mi hermano Juan, que era de la misma edad; en cambio, para Loreto, su gemela, los chicos no contaban. De pequeña había sido amiga de muchos niños, y esto era algo que preocupaba a mi padre y hacía gracia a mi madre; pero ahora Loreto sólo jugaba con niñas. Se pasaba el día saltando a la goma, cantando cancioncillas y batiendo palmas. Yo prefería la bicicleta y el río, y aunque los chicos no me molestaban, tampoco sentía ninguna curiosidad inicial por un niño más pequeño que yo. Si Paulo atrajo mi atención, fue debido al incidente de la acacia, que me hizo sospechar desde el primer momento que él era diferente de los demás. Y no tuve que esperar mucho tiempo para que mis sospechas se vieran confirmadas.

II

PAULO era menudo y pálido, con grandes ojos claros, un poco lejanos, un poco inexpresivos, que no traslucían lo que eran capaces de ver. Sus párpados me recordaban el cuerpecillo de las abejas y su piel era suave como la del albaricoque. Tenía cara de niña. No era tímido, pero tampoco se mostraba emprendedor ni charlatán, y desde el primer momento pareció encontrarse a gusto entre nosotros. Lo que más le interesó de La Ribera fueron los animales, y en eso se notaba que era un niño de ciudad y que no estaba habituado a verlos. Sin embargo, pasó la prueba con dignidad. Palmeó la piel cuarteada de las vacas y montó en el burro de los guardeses; incluso se acercó sin temor al pesebre donde pastaba el mulo, a pesar de que le advertimos que era una bestia peligrosa.

—A David lo coceó una vez —le contó Juan—. Dice que se espantó de repente y se puso a dar coces como un loco. Tuvieron que llevarlo al hospital.

Se sobreentendía que era a David a quien habían llevado al hospital, pero esto no arredró a Paulo. Se acercó al pesebre lentamente y hablando con mucho sosiego, en un tono semejante al que empleaba mi madre cuando yo tenía fiebre. Acarició el cuello del mulo, y el animal cabeceó suavemente, agradecido.



En los juegos, Paulo era un compañero animoso. Le tocó usar la bicicleta vieja, sin frenos y con un pedal torcido, y consiguió no quedarse atrás. Nadaba con bastante buen estilo, aunque no era mejor que yo, y en el tenis se defendía como otro cualquiera. Lo que nos fascinaba de él eran otras cosas: una manera de vivir muy diferente de la nuestra. Las primeras noches nos reuníamos con él en el porche

después de cenar y le hacíamos todas las preguntas que no habíamos tenido tiempo de hacerle durante el día. Él nos contaba sin petulancia que había viajado en avión más de veinte veces; que había estado en París, en Roma, en Méjico y en Nueva York.

—¡En Nueva York!

Juan abría los ojos con una mezcla de asombro y tristeza, porque visitar Nueva York era el sueño de su vida, y coleccionaba todos los anuncios de los periódicos donde aparecía Manhattan y todas las fotografías que caían en sus manos. Y cuando supo que Paulo conocía al portero del Real Madrid, que había cenado con él una noche en un restaurante, adoptó un airé de incredulidad, porque uno se resiste a admitir que a los demás les pasen todas las cosas buenas de esta vida. Pero era cierto también que Paulo conocía al protagonista de la serie televisiva del momento y que visitaba con frecuencia su casa en las afueras de Madrid; y ya parecía una minucia el hecho de que Paulo estudiara en un colegio mixto y laico, cuando Juan iba a un colegio de frailes y nosotras a un pensionado de monjas. Mi padre era muy riguroso en la diferenciación de los sexos y mostraba mucho empeño en hacer de las niñas unas señoritas. Recuerdo que fue ese verano, el verano que cumplí doce años, cuando empezaron a surgir discrepancias entre mi padre y yo acerca de lo que entendíamos por ser una señorita. A su juicio era impropio de una señorita pasarse el día metida en casa de los guardeses.

—Estás creciendo —me repetía—. Debes relacionarte con personas que te ayuden a crecer.

Personas de las que yo pudiera aprender algo, eso era lo que él quería decir. Y éste era otro punto en el que no nos poníamos de acuerdo. Yo aprendía de todo el mundo y todo el mundo me resultaba interesante. Por una razón o por otra cualquier persona despertaba mi simpatía. A Paulo no le ocurría lo mismo. Se lo noté enseguida y no dejó de llamarme la atención. Tan pronto como llegó a la granja,

Paulo excluyó de su afecto de una manera rotunda a tres o cuatro personas: el tío Damián, por ejemplo; Matías, el encargado; y la tía Regina. Lo de tía Regina estaba justificado. Nada de lo que hacíamos merecía su aprobación, ninguna amistad tenía la misma categoría que nosotros, ni uno solo de nuestros modales era correcto. Angulosa, muy alta, con el pelo ingrato y descolorido recogido en un moño y la piel cérea, parecía una polvorienta figura de museo. No se comprende que pudiera ser la madre de Regina, la blanca. ¡Con qué fría curiosidad examinó a Paulo la primera vez que lo vio! ¿A quién estaría juzgando y condenando a través de él? Paulo la ignoró. Cuando ella estaba presente, se comportaba como si no existiera. Era una actitud rara para un niño tan pequeño, y yo creo que se debía a sus cualidades excepcionales. Con David, el guardés, se entendió desde el primer momento. Y se entendieron realmente sin necesidad de hablar, porque los dos eran de pocas palabras, sobre todo David. La tarde en que se conocieron, mis hermanos estaban jugando a las cartas en el comedor, y Paulo —todavía no sabía yo el motivo— nunca jugaba a las cartas. Yo estaba sentada en la chimenea, aburrída, apilando las astillas que quedaban en la leñera.

—Voy a casa de David —dije de pronto.

Y Paulo se puso de pie casi al mismo tiempo que yo.

—Voy contigo.

Entonces entrábamos y salíamos de casa de los guardeses como si fuera la nuestra, con una desconsideración que ellos no nos tomaban en cuenta. Íbamos a beber agua, a que Águeda nos diera una rodaja de remolacha azucarera, o a sentarnos, sin más, en el banco de madera que había junto a la ventana. Cuando llegamos aquel día, Águeda estaba llorando. La vimos sacar un pañuelo del bolsillo del mandil y restregarse los ojos sin piedad, y nos quedamos parados en la puerta, sin atrevernos a preguntarle el motivo de su llanto ni si era o no oportuna nuestra presencia allí. David nos hizo un ademán con la navaja invitándonos a en-

trar, y fuimos a sentarnos en el banco, mientras él continuaba cenando con la misma meticulosidad y la misma dedicación con que arrancaba las malas hierbas de su huerto o enlazaba los cables de un enchufe. David cenaba muy pronto, todavía a plena luz del sol, y se acostaba con las gallinas, decía él. Solía tomar un plato de sopas de ajo, y luego alcanzaba un trozo de jamón o de cecina y cortaba con su navaja pequeñas lonchas que iba llevándose a la boca. Sobre el plástico de la mesa había una botella de vino con gaseosa que tenía el tapón atravesado por una pajita.

—¿Queréis un trago? —preguntó David.

Mi madre nos tenía rigurosamente prohibido beber vino, y cuando David nos lo ofrecía, experimentábamos la íntima satisfacción de ser tratados como sus iguales, y nos esforzábamos en imitarle levantando la botella con soltura y vertiendo el chorro en la boca a distancia, sin rozar la paja. Nos secamos los labios con el dorso de la mano como hacía él. Águeda se alisó el mandil sobre el regazo y suspiró. A lo lejos retumbaban los tiros aislados de algún cazador forastero, y pensé en Cónsul, aterrado, buscándome por toda la casa o escondido debajo de mi cama.

—Saca nueces para los chicos —dijo David.

Águeda bajó a la bodega, abriendo la trampilla del suelo, y trajo una lata de nueces viejas con la piel arrugada y ennegrecida.

—Éstas ya no valen nada —comentó—. Hay que esperar las nuevas.

—Este año viene poca —dijo David—. Llovió demasiado tarde.

Era verdad. Otros años por esas fechas ya estábamos comiendo nueces tiernas, manchándonos los dedos de yodo y aspirando aquel olor amargo y violento. Nos afanamos en cascar las viejas hasta encontrar alguna comestible.

—Aquí se está mejor que en Madrid, ¿verdad? —le dijo David a Paulo—. Aquí corren otros aires.

Paulo no dijo ni que sí ni que no. Paulo apenas abrió la boca en todo el rato que estuvimos allí. Contemplaba la fotografía de Abel que estaba sobre la repisa y una vez o dos miró furtivamente el rostro de Águeda, todavía marcado por las lágrimas, como si estableciera una relación entre su llanto y la fotografía de aquel muchacho. Águeda le trató como a un niño y le invitó a acompañarle a echar de comer a los conejos. Cuando Paulo salió detrás de ella, David la siguió con su mirada penetrante; entonces caí en la cuenta de que no había dejado de observarlo en todo el tiempo con un interés que no parecía justificado.

—El chico tiene el don —le oí murmurar.

Lo dijo para sí, pero yo le oí claramente. A través de la ventana vi a Águeda y a Paulo dando la vuelta a la casa para dirigirse al establo.

—¿Qué don? —pregunté—. ¿Qué es un don?

En el colegio nos habían hablado recientemente de los dones del Espíritu Santo, y recordé algunos de aquellos términos cuyo significado no había captado del todo. Don de entendimiento. Don de fortaleza. Don de consejo. David estaba echando otro trago. Dejó la botella sobre el plástico de cuadros rojos y se limpió la boca con el dorso de la mano. Le apremié.

—¿Qué don tiene Paulo?

Él me miró un momento con una chispa de burla en las pupilas, y me sacudió el flequillo.

—Don Paulo —contestó zumbonamente—, como tu padre.

Pero yo sabía muy bien que no se refería a eso. Simplemente había hablado de más para su costumbre y optó por zanjar la cuestión.

—Anda, ve a jugar.

Comprendí que no le sacaría ni una palabra más y fui a reunirme con mis hermanos que seguían jugando a las cartas. Después de cenar se empeñaron en reanudar la partida; insistieron tanto que Paulo no tuvo más remedio que in-